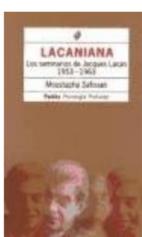




LIBROS: ADQUISICIONES / DONACIONES

Libros adquiridos



Lacanian 1. Los Seminarios de Jacques Lacan (1953-1963), Moustapha Safouan, Paidós, Bs. As., 2005, 270 pág.



El diálogo inconcluso, Maurice Blanchot, Monte Avila Editores, Caracas, 1970, 664 pág. (Fotocopia)

Libros donados

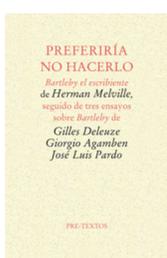
L'Idole et la distance, Jean-Luc Marion, Bernard Grasset, París, 1977, 334 pág. (Fotocopia) **Donado por Norberto Ferreyra y Anabel Salafia.**

Bombones envenenados y otros ensayos sobre imaginario, cultura y psicoanálisis, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2000, 176 pág. (Fotocopia) **Donado por Norberto Ferreyra y Anabel Salafia.**

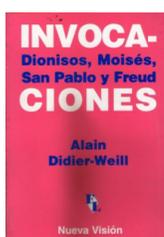
Colección "Biblioteca fundamental de las ciencias de la psicología", Paidós, Bs. As., 2015.
Formaciones del inconsciente, C. Jung. **Estados de ánimo del psicoanálisis**, J. Derrida. **El miedo a la libertad**, E. Fromm. **La imagen inconsciente del cuerpo**, F. Dolto. **¿Por qué el psicoanálisis?** E. Roudinesco. **Amor, culpa y reparación**, M. Klein. **Donados por Andrés Barbarosch.**



LECTURAS MICROSCÓPICAS



LILIA CRISTIANI LEYÓ:
Preferiría no hacerlo. Bartleby el escribiente, de Herman Melville seguido de tres ensayos sobre *Bartleby* de Gilles Deleuze, Giorgio Agamben y José Luis Pardo. Pre-Textos, España, 2011. 196 páginas. Versión castellana de José Luis Pardo.



LUZ LEMOS LEYÓ:
Invocaciones - Dionisos, Moisés, San Pablo y Freud, Alain Didier-Weill, Nueva Visión, Buenos Aires, 1999. 142 páginas.

El relato de Melville tiene una breve presentación por el narrador, un abogado, que advierte al lector de las dificultades de la tarea emprendida al elegir relatar unos fragmentos de la vida de Bartleby, un escribiente al que contrata, y cuya biografía no puede hacerse porque no hay material ninguno para tal fin. Sólo señala un dato que es en realidad un rumor: Bartleby habría trabajado en una Oficina de Cartas Muertas en Washington, de donde fue despedido por un cambio en la administración. Eso es todo lo que se podrá saber de Bartleby.

El escribiente, un copista, pronto deja su función y enarbola una frase "preferiría no hacerlo", -Iwouldpreferrnotto- a la cual se aferra con inusual tenacidad produciendo a su alrededor todo tipo de perplejidades y decisiones. Finalmente, la muerte como destino.

Acerca de la figura desdibujada de Bartleby y lo que Deleuze denomina su "fórmula" se desarrolla el trabajo de los autores.

Pardo se interesa en la función copista de Bartleby. Se trata de cargar con la letra, es decir, preservar la literalidad del texto al cual no se le puede adscribir ningún sentido. La palabra no dice nada, "conserva sus ventajas prácticas (la posibilidad de copias exactas) y sus desdichas teóricas (la letra muerta)", es decir, sin asistencia de la voz interior que comprende e interpreta. Bartleby repite su fórmula como una copia: "preferiría no hacerlo". La frase opera sobre el acto mismo de copiar, al que renuncia. Queda detenido en un presente perpetuo, sin historia y sin devenir. De Bartleby no puede decirse nada en tanto se define sólo en forma negativa, por lo que no prefiere, lo que declina. Tampoco dice qué es lo que no prefiere. Instala un campo de indiscernibilidad. Pardo se pregunta si es posible otorgar humanidad a aquel que sólo se puede contar por lo que no hace, por todo aquello que rechaza.

Agamben inserta el relato de Melville en la tradición filosófica aristotélica. Toda potencia de ser o hacer algo es siempre, para Aristóteles, potencia de no ser o no hacer. Es la potencia en cuanto tal. Bartleby pertenece a esta constelación. Como escriba que ha dejado de escribir es la figura extrema de la nada de la que procede toda creación y, al mismo tiempo, la más implacable reivindicación de esta nada como potencia pura y absoluta. Deleuze distingue, al respecto, una **voluntad de nada** de una **nada de voluntad** y otorga a esta nada de voluntad una potencia que tiene un poder devastador.

"La fórmula desconecta las palabras y las cosas, las palabras y las acciones, pero también los actos lingüísticos de habla: priva al lenguaje de toda referencia, de acuerdo con la vocación absoluta de Bartleby, ser un hombre sin referencias, ni a sí mismo ni a ningún otra cosa". La fórmula no deja nada en pie. En cada aparición instala el estupor a su alrededor y convierte las propuestas del abogado en algo que linda lo ridículo. Sería un alivio para el abogado si Bartleby no quisiera hacer algo pero no se niega sino que niega algo no preferido.

El interés del psicoanálisis no ha quedado ajeno a esta fórmula que, como tal, es una verdadera creación. Anabel Salafia en su libro "El fracaso de la negación" transita los textos de estos autores pero especialmente hace trabajar el texto de Freud *-La Negación-* y los aportes de Lacan de su Seminario "La Ética del Psicoanálisis" analizando la función de la negación. Va a decir que Freud no aborda la negación como formación de defensa sino como **una lógica que incluye una ética**. Lacan va a introducir a partir de las formulaciones freudianas el **campo operacional de Das Ding**. Este campo está relacionado con lo que es de la vida y con lo que es de la muerte. Y hace esta observación: **alguien puede "preferir" el Mal.**

La negación, como operación, permite admitir a través del signo negativo lo que no está permitido decir. Afirma, de este modo, una existencia, y también la posibilidad de seguir hablando.

Su fracaso surge como negativismo. Bartleby con su fórmula de desistimiento existe como una nada de voluntad. El "preferiría no hacerlo" toca la nada, avanza en esa particular preferencia hasta su extinción. La posibilidad de encontrarse con pacientes en los que se revela un proyecto del Mal introduce interrogantes, como señala la autora, respecto a la dirección de la cura en el sentido de la salvación. Recorrer el texto acerca del fracaso de la negación abre un enfoque rico en consecuencias para la clínica.

Invocar: (del latín invocar/e), demandar ayuda mediante una súplica vehemente.

El autor nos introduce con un título que no deja de abrirnos pregunta, vamos recorriendo una pluma que nos convoca al resurgimiento del deseo en su invocación. Luego de este recorrido, Didier Weill efectúa algunas consideraciones respecto de la música en cuanto a posibles abordajes terapéuticos en patologías más allá de la neurosis.

Buscando ahondar en su aporte conceptual respecto de la pulsión invocante, vamos a partir del desarrollo lacaniano cuando suma las pulsiones escópica e invocante a los objetos de la pulsión de Freud, nuestro autor retoma el desafío; distingue la Demanda de la pulsión invocante, destacando: "la invocación es un movimiento que sustrae al sujeto de esa dependencia

(Significante) en tanto no está en el presente, pero se sitúa en un futuro posible desde el que lo llama como pura posibilidad"; va a desplegar la pulsión invocante en un ritmo pulsional de cuatro tiempos.

Se nos presenta esta pregunta: Cuando el parlante está arrinconado ante la Demanda en su mandato sordo, allí el ritmo de la pulsión, bordea la dimensión de lo Real al modo de la tragedia? de ser así nos resulta pensable, (precisamente porque hay un agujero en la necesidad), que en sesión se transita un tempo, una escansión que también abre lugar a la posibilidad de palabra.

Nos resulta orientador para seguir el recorrido de Weill, pensarlo en consonancia a la formalización hegeliana, cuando define el Tiempo en un devenir, señalando un antes y un después, el tiempo en la conceptualización de Hegel implica el movimiento y el cambio. La lectura nos remite en cuanto a su estructura lógica al modo de las categorías hegelianas de Tiempo y Espacio, esta imbricación pulsional que realiza el autor, nos resulta cercana a las consideraciones del filósofo en relación al deseo por advenir como temporalidad en el espacio.

Es más, para situar como sucede el transcurrir del tiempo en la existencia Hegel nos remite a Julio Cesar soñando el imperio antes de cruzar el Rubicón, así es como articula el transcurrir del tiempo en un ritmo que transita: Porvenir, pasado, presente.

Retomando nuestro autor abordamos la "solución" Freudiana desde esta cita: "Lacan sostiene que el Otro está agujereado y es inconsciente -.... - se aparta de toda resignación planteando que precisamente porque hay un agujero en la necesidad significante, el hombre dispone del poder increíble de probar que no está solo: en el punto en el que el logos falta y deja al yo (moi) radicalmente solo, el sujeto del inconsciente puede demostrar, precisamente, que no está ni ausente ni solo; puede articular un Significante que por una parte le da existencia y por la otra tiene el poder paradójico de invocar una alteridad, no la que ya no está ahí, sino la que todavía no está". (P.106, Didier Weill obra citada).

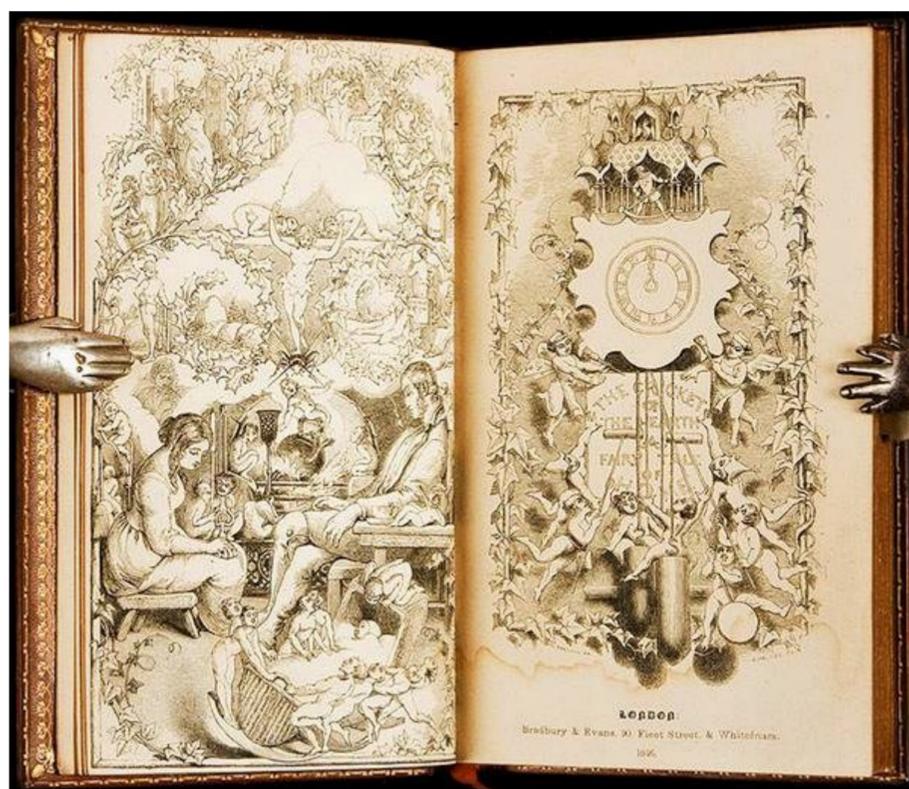
Freud nos trae el relato del sueño de "la inyección de Irma", en un momento en que no encuentra entre sus colegas, los otros tres Doctores, quienes acepten la "solución freudiana", entonces en sus escritos convoca a la transferencia al psicoanálisis, transferencia al sentido de los sueños, va a decir en el relato de su sueño el significante: "TRIMETILAMINA".

Al encontrarse ante ese real que es la boca abierta de Irma, sobrele la angustia ante ese Real al sostenerse en su deseo, retomando las conversaciones con su amigo Fliess (carta del 12-6-1900)* y se afirma en su Invocación diciendo la palabra: "trimetilamina", se trata de un Significante que trasciende el significado y al precipitar la caída del sentido, opera un movimiento: Allí Freud no está solo, ahí apuesta a un deseo particular, ahí sucede la marca del inicio de su alejamiento de la Medicina y la invención del método de la interpretación onírica, (carta a Fliess del 24-7-1895), llegando a establecer el sentido de los sueños: "Una vez llevada a cabo la interpretación completa de un sueño, se nos revela este como una realización de deseos", trae a la existencia el Discurso del Psicoanálisis, otro discurso que, al iniciarse nos convoca a nosotros, psicoanalistas que aún no estábamos ahí.



"Cuando Lucía Peláez era muy niña, leyó una novela a escondidas. La leyó a pedacitos, noche tras noche, ocultándola bajo la almohada. Ella la había robado de la biblioteca de cedro donde el tío guardaba sus libros preferidos. Mucho caminó Lucía, después, mientras pasaban los años. En busca de fantasmas caminó por los farallones sobre el río Antioquia, y en busca de gente caminó por las calles de las ciudades violentas. Mucho caminó Lucía, y a lo largo de su viaje iba siempre acompañada por los ecos de los ecos de aquellas lejanas voces que ella había escuchado, con sus ojos, en la infancia. Lucía no ha vuelto a leer ese libro. Ya no lo reconocería. Tanto le ha crecido adentro que ahora es otro, ahora es suyo."

Eduardo Galeano, "La función del lector 1", *El libro de los abrazos, Catálogos, Bs. As., 2001*. Pág. 8



Detalle de *El grillo del hogar*, Charles Dickens, Londres, Bradbury y Evans, 1846. Ilustrada con grabados de Maclise, Doyle, Stanfield, Leech, Landseer.

Imagen tomada de Mosestouch Visual Arts Magazine